

ADVERTENCIAS

ADVERTENCIAS

Comprometido ya con el editor y con el público no puedo menos de seguir adelante en esta empresa del FLORILEGIO, pero cada día creo ver en ella mayores dificultades. Vencerlas todas me parece imposible. Lo que sí puedo es poner muchas de lado, allanando mi camino que á veces hallo escabroso, si ciertas cosas no se entienden como yo quiero que se entiendan. A este fin me conviene escribir y escribo las advertencias siguientes.

Mi FLORILEGIO es sin duda resultado de mi elección. No contendrá sino aquellas composiciones poéticas que quiera yo que contenga. Me importa no obstante afirmar que para incluir yo ó no incluir composiciones en mi FLORILEGIO, tengo no uno, sino varios motivos, los cuales no implican la suposición de que conceda yo, con autoridad

de que carezco, diploma de inmortalidad y resplandores de gloria á los poetas de quienes publico algo, ni que condene á olvido ó á desdén á los preteridos.

Desde luego se advierte que yo prescindido de la multitud de poetas que hubo en España en el primer tercio del siglo XIX, á pesar de que se distinguen y sobresalen entre ellos varones tan ilustres y tan beneméritos de la patria como D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos, y personajes tan originales é interesantes por su ingenio, por su saber, por sus aventuras y hasta por sus rarezas como el abate Marchena y Blanco White.

En suma, de todo lo coleccionado por el Sr. Cueto, en sus tres tomos de *Poetas líricos del siglo XVIII*, así como de Jovellanos, D. Leandro Fernández de Moratín y D. Manuel José Quintana, cuyas obras están contenidas en otros tomos de la Biblioteca de Rivadeneira y pueden adquirirse á poca costa, casi nada he querido yo incluir en mi colección. Y si doy cabida en ella á algunos versos de Meléndez es para indicar el punto de partida de un nuevo movimiento y florecimiento literarios, señalando después el progreso y desarrollo de dicho florecimiento con poesías características de los

más señalados poetas que produjo, como son Jovellanos, Moratín, Maury, Quintana, Gallego, Reinoso, Lista y Arjona.

Fuera de la inclusión de poesías líricas de los mencionados autores, inclusión en la que he sido muy sobrio, mi FLORILEGIO, no contiene sino obras de poetas no coleccionados por el Sr. Cueto, ni incluidos tampoco en otras antologías de importancia.

En la inclusión de las poesías procuro observar cierto orden que no puede ser severamente cronológico. Contemporáneos son casi todos los poetas de quienes se incluyen obras en el FLORILEGIO; de suerte que para señalar el punto de la serie donde me parece que debo colocarlos, he tratado de hallar el punto en que el ingenio de cada poeta culmina, escribe y publica sus más bellas composiciones, ejerce mayor influjo literario ó representa y refleja mejor y con más nitidez y brío el sentir y el pensar de los españoles, según va modificándose por virtud de los cambios y trastornos políticos, guerras civiles, convulsiones anárquicas de la plebe y deplorables motines militares. Todo ello abunda por nuestra desgracia en el siglo XIX, y aunque no impide por completo que en el progreso material de Europa vaya España como á remolque,

agranda cada vez más la distancia entre nuestra nación y las que van delanteras y cada vez más nos desnivela, humilla y hunde. Así la situación política, más lastimosa cada día, nos priva también, en lo que pudiéramos llamar perteneciente al espíritu, en lo poético y especulativo, ó de encumbrarnos hasta la mayor elevación ó de que sea reconocido, acatado y preconizado nuestro encumbramiento. Valgámonos para medida, de Schiller y de Goethe en Alemania, de Víctor Hugo y de Lamartine en Francia, y en Italia de Leopardi y de Manzoni. ¿Hemos tenido nosotros, en el siglo XIX, poetas de igual excelsitud y de tan alta y persistente resonancia europea? A pesar de mi orgullo patriótico, en el que á nadie cedo, yo no me atrevo á sostener que sí. Lo que imagino y creo es que en Quintana, y en Gallego, entre los que se calificaban de clásicos, y ya en la época del romanticismo en Espronceda, en Zorrilla y en el Duque de Rivas, hubo aptitud y potencia para hombrearse con Schiller, con Goethe, con Hugo y con Manzoni. ¿Qué les faltó para que sus nombres y su gloria, se levantasen muy alto en alas de la fama: para que en todas partes y no sólo en España, pudiesen ser calificados, sin jactancio-

sa hipóbole, de grandes poetas: de lo que la gente llama *genios*?

Sin duda que lo primero que les faltó, ni estaba ni podía estar en ellos y todavía pueden adquirirlo, logrando ulterior fama póstuma harto más gloriosa de la que hoy tienen.

El talento y la virtud de antepasados ilustres circundan de hermosos resplandores á los descendientes; pero los descendientes también pueden acrecentar y sublimar la gloria de los antepasados y á veces la acrecientan y subliman. Me valdré de un ejemplo, no mera y sutilmente intelectual, sino más claro y tangible, que explicará mi idea.

¿Qué sud-americano se atreverá hoy, sin pasar por desmedidamente jactancioso, á sostener que vale más que Jorge Washington, Simón Bolívar? Y sin embargo, demos que el destino, la suerte, la providencia ó como queramos llamarlo, acaba por crear en el Río de la Plata, en Chile, en el Perú, en Venezuela ó en Colombia, una tan poderosa República de origen y de lengua españoles, como la República de origen inglés, cuyo territorio bañan el Misisipí, el Potomac y el Hudson. Realizado esto, la figura de Simón Bolívar se agrandará pro-

digiosamente, igualándose á la de Jorge Washington ó descollando sobre ella.

La magnificencia de la escena en que se muestran los héroes y dan cima á sus empresas ó en que cantan y desde donde dejan oír su voz los vates inspirados, importa muchísimo en la estimación del mérito y de la grandeza que al héroe ó al vate se conceden.

Fuera de esto, hay otras causas de inferioridad y aun de esterilidad, otros estorbos para la aparición de grandes hombres y de poetas soberanos, estorbos que nunca subsanarán ó removerán las generaciones futuras.

El poeta que no fué plenamente comprendido y admirado por sus contemporáneos y compatriotas, cuyo contagioso é imperioso entusiasmo extiende aquella gloria por los demás pueblos de la tierra, se desalienta, se apoca y pierde el brío, si le tuvo, para elevarse muy alto.

El poeta necesita además, para lograr tanta elevación, tener vivas en su alma las aspiraciones, los propósitos, las firmes creencias y el más justo y elevado concepto de su pueblo, así en el alma colectiva, actual y siempre viviente, como en la prolongación de la historia.

Esto desgraciadamente faltó á Quintana. Qué gran poeta no hubiera sido si á su entusiasmo por la independencia de la patria, por la libertad y por el progreso del humanaje, y si á su amor á no pocos de nuestros antiguos héroes, no hubiera unido ilógica, irreflexiva y desmañadamente sin caer en que se hacía eco de injurias y de calumnias y cómplice de delitos de lesa España, casi todo cuanto los enciclopedistas franceses y otros filosofastros del siglo xviii habían dicho ó escrito para denigrar á nuestra nación, pintándola como una Beocia sin Píndaro, como pueblo que nada importó ni valió á la civilización europea y como madre fecunda sólo en hijos crueles, fanáticos y bárbaros, que destruyen la cultura humana en vez de aumentarla y que convierten en espantoso yermo á la *inocente América*, á la *Virgen del mundo*, donde es de suponer un perpetuo idilio antes de llegar allí los devastadores españoles, donde no había salvajes que se comían unos á otros, ni sacrificios humanos á millares, ni los más feos y nefandos vicios, ni la más perversa corrupción, combinado todo con un salvajismo completo ó con honda barbarie cuya escasa luz mental más se asemejaba á la de día tormentoso y triste

que muere que á la de aurora que nace.

Quintana, pues, el poeta de la guerra de la independencia, españolísimo, patriota neto en este sentido, es antiespañol en otro y nos lastima y nos veja. No nos conformamos con haber sido lo que de la lectura de los versos de Quintana puede inferirse que fuimos en otras edades. De aquí la escasa popularidad de sus versos.

No era mejor ni más alta la idea que el vulgo fanático, excitado, adoctrinado y guiado por frailes, hubo de concebir de España. De aquí el hundimiento lastimoso y la bárbara postración de nuestra patria desde la vuelta y restauración de Fernando VII el Deseado, hasta el día de su muerte. No son desenfrenados demagogos, ni revolucionarios tremendos los que dan en este FLORILEGIO evidente testimonio de tanto horror.

Don Alberto Lista, en *El emigrado de 1823*, describe nuestra patria dominada por

..... Mil legiones
Agavilladas de furiosa plebe,

que bajo la enseña de la paz, defienden
los hurtos

..... Que á la estúpida ignorancia
Un tiempo hicieran la ambición y el dolo;

y ve que en el suelo de España imperan y mandan almas de tigre, cubiertas con la alevosa máscara de religión mentida; que allí el perverso

En el nombre de Dios mata y sonríe
Y á su víctima insulta;

que allí envenena

El vil error de la moral la fuente.

Don Ventura de la Vega, en los versos *A mis amigos*, se considera y considera á sus conciudadanos, como humillados esclavos, sobre quienes cruje

Látigo alzado déspota altanero,
Que hunde en el polvo y con la planta huella
Liras y leyes.

Y todavía es más siniestro y más negro el cuadro que D. José Joaquín de Moratraz de España en su epístola á D. Francisco Martínez de la Rosa en 1829. La Libertad, llevando en pos la cultura y el progreso, enciende en su amor los corazones; tomando el signo redentor de la cruz por Lábaro, subleva contra la tiranía de los turcos á los griegos oprimidos y difunde el entusiasmo de una nueva era, desde el Sena hasta el Borístenes. Ardiendo lleva la Libertad en la mano la luminosa antorcha

de la razón. Así recorre el mundo, obrando maravillas; pero, no bien llega á la cima de los Pirineos y desde allí otea la postrada y esclavizada España, detiene la planta tímida y apaga el luminar esplendoroso. Lo que Mora describe y supone que ve desde allí la Libertad no es menester que aquí se repita: nos remitimos á los versos de Mora.

Dura es, no obstante, la alternativa en que nos ponen los liberales y los serviles de aquel período histórico en su lucha encarnizada y sin tregua. Triste y feo era ser servil, pero no dejaba tampoco de ser feo y triste el tener en cierto modo, para ser liberal, que renegar de la propia casta, aceptando las acusaciones y diatribas que aceptó Quintana y dió por buenas.

De todo ello hubo de resultar una singularidad contradictoria y extraña: que tuviese el liberalismo español, durante no pocos años, algo de poco español y de poco culto y que el *progresismo* español apareciese en realidad como harto poco progresista, surgiendo en cambio un partido conservador y hasta retrógrado, capitaneado casi siempre por liberales arrepentidos, el cual, formando más justo y menos pobre concepto de nuestro pasado, fomentó y cultivó el espíritu castizo, é impidió que hu-

biese solución de continuidad en la vida propia y en el natural desenvolvimiento del alma colectiva y de la sociedad españolas.

El descontento general de los que no se mezclaban en la política, ni medraban ni se encumbraban por ella, se hizo patente de varios modos, y llegando á extremarse, fué causa ó preludio ominoso de no pocos males.

Aunque no esté autorizado por el aplauso general y por su nombradía en toda España, aunque su reputación de poeta ó si se quiere de fácil, abundante é infatigable versificador se extendiese poco más allá de los límites de Granada y de su provincia, me atrevo yo á colocar en mi parnaso, insertando versos suyos en este tomo, á don Juan Bautista Salazar, cuya cultura literaria y social le recomienda á toda persona de buen gusto y cuyo recto juicio y cándido buen humor le hacen, en mi sentir, en extremo simpático. Sus versos son fiel espejo del estado de la opinión pública y de sus cambios, al saltar España desde los últimos años del reinado de Fernando VII y de su poder absoluto, sostenido por una plebe fanática, á la turbulenta y licenciosa libertad, á la guerra civil y al desasosiego

anárquico de los primeros años del reinado de Isabel II. Bien pudo contarse Salazar entre los más fervorosos liberales mientras imperó el absolutismo. Su elegía á la muerte de Mariana Pineda es viva manifestación de aquellas ideas y de aquellos sentimientos. Pero lo estéril para el bien del pueblo de las nuevas revoluciones y de los frecuentes trastornos acaba con la fe del poeta en el liberalismo y le impulsa á convertir en látigo su pluma, fustigando á derecha y á izquierda á los hombres de todos los partidos y á los partidos todos, y no reconociendo cosa buena ni acción salvadora y benéfica en los que por turno más ó menos pacífico van sucediéndose en el poder.

Tendencia fué esta que naturalmente no podía menos de mostrarse, y hasta que convenía que se mostrara, pero, perseverando en ella los espíritus, y extremándola cada vez más, hubo de producir y produjo lamentables errores y consecuencias funestas que todavía nos afligen. El desprecio ó el odio que se trata de infundir contra el gobierno central, contra los políticos de mayor nota é importancia y contra los que dirigen ó están llamados á dirigir la gobernación del Estado, son sentimientos que propenden á relajar los vínculos de nacio-

nalidad, á infundir díscolos é ingobernables anhelos, y á crear en las voluntades descontentadizas y en los entendimientos presuntuosos, ya un individualismo soberbio, ya un regionalismo más ó menos separatista, como si todo estuviese viciado ó gangrenado, como si no hubiese más que tontos ó pillos, fuera de la individualidad del que así discurre ó fuera de la región ó comarca en que ha nacido y á que pertenece.

No hay que exigir, con todo, al Sr. Salazar responsabilidad por tanto daño. No es culpa suya la ulterior persistencia y la exageración extremada de su pensar y de su sentir. Representante fué él de cuanto de más amable, culto y pacífico nos quedaba del antiguo régimen: de una nobleza que jamás oprimió ni despreció á la plebe: de un orden de cosas en que hasta para los más humildes estaban abiertos y francos cuantos caminos van á la elevación y á la fortuna: de una constitución tradicional é histórica en la que prevalece la igualdad democrática más completa. Qué mucho que Salazar echase de menos el sosiego y la estabilidad de días mejores y deplorase con amargura tanto pronunciamiento sin finalidad y sin ideas, y tanto sacudimiento, no estéril, sino nocivo, que hundía cada vez más á la pa-

tria, á pesar de la común fuerza, civilizadora, que tiraba de ella y la levantaba merced á su unión con los otros pueblos de Europa.

De algo á modo de enfermedad, á la que era conveniente poner remedio, estaba entonces, según queda ya dicho, inficionado el liberalismo español: de un desprecio ó de un odio, más ó menos consciente contra el gran ser de los españoles y contra sus manifestaciones y actos, en las épocas más gloriosas.

El nuevo partido conservador, reaccionario ó retrógrado, capitaneado por liberales arrepentidos y hasta contritos, nos valió para volver amorosamente la vista á lo pasado, enlazándolo luego con los adelantos del día, á fin de que no fuera todo exótico, sin precedentes é importado de tierra extraña.

Sin duda las declamaciones de los conservadores fueron muy útiles, mostrándose y divulgándose en los versos. Así el duque de Frías, por ejemplo, contradice á Quintana y ensalza á Felipe II. Y así el marqués de Molins celebra el antiguo régimen, echa de menos las patriarcales relaciones entre los vasallos y sus antiguos señores y abomina del prurito innovador y revolucionario de ahora.

Algo valió todo esto para que el conocimiento del pensar castizo se difundiese y dejase de ser á modo de ciencia rara y oculta. No poco de lo que sabían Gallardo, Gayangos y Estébanez Calderón, se comunicó á los aficionados á nuestra literatura. Don Agustín Durán, Martínez de la Rosa en las notas de su *Arte Poética*, D. José Amador de los Ríos más tarde y también los colectores y prologuistas de la Biblioteca de Rivadeneira y de varias sociedades de bibliófilos, hicieron conocer y estimar los frutos del ingenio español á no pocos españoles que los desconocían y que tal vez se los imaginaban escasos, pobres y desabridos.

Este mejor conocimiento de nuestra literatura hubo de prestar carácter castizo al romanticismo aunque su manifestación inicial se debiese á impulso y moda venidos de Alemania y de Inglaterra y más inmediatamente de Francia.

Hubo además en el romanticismo español algo de que no se inficionó por contagio ni por remedo del de otras naciones: algo que, por decirlo así, estaba en el aire, extendido sobre la faz de toda Europa, como los miasmas mefíticos de una epidemia: la quejumbrosa melancolía, el pesimismo desconsolador, el hastío ó la desesperación más ó

menos completa, según eran mayores ó menores las dudas religiosas ó lo que se llamaba la pérdida de las ilusiones. Don Nicomedes Pastor Díaz á nadie imita, sino que se deja llevar de su propia índole, al aparecer tan tétrico, al apetecer la muerte, al presentársenos perseguido y obseso por manos frías, mariposas negras, y endemoniadas y colosales ninfas cuyos pálidos y ponzoñosos labios le besan con besos abominables, poniendo en él cada beso un sello indeleble, más tremendo que el sello con que los cielos marcaron á Caín, después del fratricidio. Y no veo yo tampoco que la adusta inspiración y la honda tristeza de Cabanyes, vengan imitadas de Leopardi, de Byron ó de otros poetas extranjeros.

En lo narrativo, tradicional, legendario ó meramente imaginado, el romanticismo español es original desde el principio, y siempre. Los romances de D. Angel Saavedra y *Las Orientales* y las leyendas de Zorrilla, á nadie de fuera deben nada. No son repetición de lo antiguo, pero son retoño, nuevos vástagos y brotes ricos en lozanas flores que da la antigua y castiza planta.

Difícil es de explicar, mas no por eso es menos cierto, el cortísimo influjo que la poesía romántica francesa ejerció en la es-

pañola. El léxico del francés es casi idéntico al léxico del castellano, pero las frases y los giros son tan otros, y la pronunciación, los acentos y el arte métrica tienen tan diverso carácter, que apartan á los poetas ó versificadores españoles de la imitación, adaptación ó traducción de toda francesa poesía. Apenas noto yo, en lengua castellana, á no ser obra de algún poeta trasatlántico, como el venezolano Andrés Bello ó el argentino Olegario Andrade, remedo atinado y dichoso de Víctor Hugo, con ser este poeta admirado tan justamente. Alguien ha dicho, en estos días en que se celebra el centenario del autor de *Nuestra Señora de París*, que hay un lazo de filiación entre dicho autor y Zorrilla. Yo, con todo, no veo semejante lazo, que si le hubo fué tan sutil como flojo. Tal vez alguna frase ó sentencia aislada de Víctor Hugo hirió la imaginación de éste ó de aquel poeta del lado de acá de los Pirineos, encantándole su extravagante rareza y moviéndole á apropiársela; pero una influencia persistente y fecunda de Víctor Hugo ó de otro cualquier vate francés, en nuestra poesía lírica española, me atrevo yo á sostener que no se da ó que apenas se advierte. Muchísimo más nos hemos inspirado en la poesía de otras

naciones y la hemos imitado ó traducido. Así de Inglaterra á Shakespeare, Milton, Pope, Dryden, Young, Gray, Walter Scott, Lord Byron, Tomás Moore y Tennyson. Así de Alemania hemos imitado ó traducido versos de Schiller, Goethe, Uhland, Bürger, Geibel y Heine. Y así, por último, ha sido á menudo objeto de nuestra admiración y modelo y guía de la lírica española, la lírica italiana. Los elegantes y armoniosos endecasílabos libres de Moratín, presuponen, por ejemplo, el estudio y la imitación de Fóscolo, de Parini y de Monti, así como antes Metastasio había sido admirado y con frecuencia imitado, y más tarde Manzoni, de quien procuramos traer á nuestro idioma no poco del estilo poético y del movimiento y de la combinación rítmica de las estrofas de sus himnos y de los coros de sus tragedias.

En cambio no puede negarse que si de Francia tomamos poco ó nada del carácter poético y de la forma que le es propia, tomamos bastante del fondo de las ideas, especulaciones filosóficas y doctrinas científicas, particularmente de las más flamantes y de moda. La economía social, la política, la administración, lo poquito de metafísica ó de ideología que aprendíamos, todo se

importaba de Francia, por donde nuestra poesía, harto más original y propia, pero desconocida en Francia, se estimaba allí, no siéndolo, como pálido remedo de la francesa.

La reacción, en cierto modo antiliberal y antiprogresista que hubo en España, nos valió, según queda ya expuesto, para reivindicar nuestra originalidad olvidada ó desconocida en todo y para reanudar nuestras modernas ideas propias con las antiguas y tradicionales. No contentos ya con resucitar y hacer patentes al público los en gran parte ocultos y desdeñados tesoros de nuestra literatura, tratamos de probar, y en parte probamos sin determinar aquí hasta qué punto, que habíamos tenido una elevada filosofía propia y ciencia experimental ó de observación, propia también y no menos elevada. En este renacimiento de nuestra peculiar cultura, simultánea ó sucesivamente se ilustraron y resplandecieron don Gumersindo Laverde Ruiz, D. Nicomedes Martín Mateos, D. Francisco de Paula Canalejas, D. Felipe Picatoste, y no pocos otros, entre los cuales descuella y florece en el día D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

No queremos afirmar con lo que antecede que el espíritu reaccionario fuera siem-

pre y en todo benéfico, no se malease ni se extremase á menudo y no se aprovechase también para forjar sus teorías y sistemas de ideas harto menos españolas que exóticas y transpirenáticas. Say y Bastiat habían sido los maestros de nuestros economistas liberales; Cousin nos había inoculado sus filosofías, antes de que importásemos á Krause; Proudhon tuvo multitud de admiradores y secuaces; Lerminier, Edgardo Quinet, el abate Laménais, Pelletan y otros, nos inficionaron con su estilo archiflorido y con su prosa poética y resonante; y Guizot nos enseñó el doctrinalismo y una historia de la civilización europea confeccionada *in usum et ad gloriam francorum*.

Cuando cayó por tierra el trono de Luis Felipe, vacilaron otros tronos; en Italia y en Alemania ardió la revolución y apareció el socialismo organizado y brioso, intentando realizar por fuerza sus más radicales utopías; los burgueses se espantaron por donde quiera, y el partido conservador en España llevó al último extremo sus ideas reaccionarias y ultra-católicas. El corifeo de este movimiento de la opinión, fué D. Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas, poeta en prosa y orador pasmoso con más elocuencia que juicio. Su *Ensayo sobre el catolicismo*,

el liberalismo y el socialismo, llega al grado más alto á que pudo subir y subió la reacción en nuestro suelo, valiéndose para este fin de elementos más extraños que propios, más extranjeros que nacionales: de la filosofía sensualista de Condillac, negando al alma humana toda aptitud para alcanzar la verdad trascendente, toda comunicación directa con lo absoluto y todo concepto de bien y de mal que no penetre en nosotros materialmente por los sentidos. El vizconde de Bonald y el conde José de Maistre fueron los iniciadores y maestros de Donoso, el cual, extremando las doctrinas de aquellos escritores franceses, consideró vil y despreciable á la humanidad fuera de las vías católicas, á la Europa punto menos que moribunda y á su orgullosa civilización casi arruinada.

El mismísimo demonio, encarnándose en Proudhon, andaba suelto por el mundo y trataba de convertirle en caos. Entonces fué cuando un amigo de Donoso, hasta cierto punto su discípulo, volvió por el linaje humano ultrajado, afirmó las esperanzas en sus altos destinos, propendió á enlazar la creencia antigua con la ciencia moderna, y concediendo que el diablo andaba suelto y se había enseñoreado del mundo,

predijo que Dios también había de volver á él y á salvarle de nuevo. Inspirado de esta suerte, compuso D. Gabriel García Tassara, el *Himno al Mestas*, con el que termina el tomo II de este FLORILEGIO. No poco hay en dicho himno de profético ó de apocalíptico, que fuera del reino encantado de la poesía pudiera calificarse de extravagancia y hasta de locura, pero que dentro del mencionado reino, rico de encantos y poblado de imágenes maravillosas, es composición hermosísima, donde ya la poesía lírica española se afirma con no escasa originalidad, si no como docente, como lo que hoy llaman tendenciosa y con tendencias no pesimistas, sino ricas en vaticinios de ventura y de gloria.

Por lo demás, y generalmente en el romanticismo español, se notan tales y tan diversas direcciones que es difícil hallar en su conjunto pensamiento capital colectivo ó propósito común, que de la reflexión ó del instinto emane, como se nota, pongamos por caso, en la poesía italiana desde antes de Parini y Alfieri, ya que esta poesía prepara los ánimos y enciende los espíritus y los empuja á un fin que se realiza al cabo: á la revolución patriótica, á la expulsión del dominador extranjero y á la unidad de Italia.

En España no hay en el fondo de la poesía lírica rasgos y caracteres que le presten fisonomía propia, salvo los que ya apuntan en los mencionados versos de Tassara. Nuestra originalidad, sin embargo, es grande, si no en el fondo, en la forma, en el color local, en lo pintoresco; Zorrilla en este punto descuella sobre todos los demás poetas. Esperemos que en lo futuro, y no muy tarde, venga también á nosotros la originalidad en el fondo, para la cual conviene el renacimiento y nuevo florecimiento de las propias doctrinas, de algo de filosofía y de ciencia indígenas.

Entre tanto, la originalidad de la forma, del color local ó de lo pintoresco, presenta un escollo que conviene evitar: el que exageremos ese color local amanerándonos en el estilo y torciendo hacia la caricatura los cuadros que pintemos. Ya, sin querer, nos excitan á ello los autores franceses que pintan cosas de España. Hay en lo que pintan sobrada *chulapería*, muchas hembras de rompe y rasga, tremendos jaques, bandidos, toreros y contrabandistas, y no pocos personajes falsos y contrahechos que se truecan en pulchinelas cuando más aspiran á ser colosos. No imitemos, por amor de Dios, al viejo Silva, ni al propio Emperador Car-

los V que aparece en el drama del no menos estrafalario *Hernani*. Ni concedamos derechos de ciudadanía, ni creemos héroes congéneres al Don Páez de Musset, á su marquesa de Amaegüi, andaluza avecindada en Barcelona, ni á Gastibelza, el hombre de la carabina, ni á su muy amada Doña Sabina, que se paseaba sobre el puente de Toledo con un rosario del tiempo de Carlomagno y que se lo dió todo al conde de Saldaña por una miserable joyuela, ni á la niña con aire de emperatriz, ni á la paloma con mirada de halcón, ni á la otra chula tan chistosamente creada por Gautier, que tenía piel verdi-negra curtida por el diablo, con adobos afrodisiacos y provocantes, que volvía locos á todos los hombres y que derribaba á sus plantas al Arzobispo de Toledo, moviéndole á cantar allí misa.

De todo lo dicho conviene huir. Yo creo que podemos seguir siendo originales y serlo más aún, sin dejar de ser juiciosos.

De todas maneras, á pesar del atraso á que habíamos venido y del que ya vamos saliendo, y á pesar del olvido de lo propio que vamos ya recordando, no desmerece, á mi ver, nuestra poesía lírica de la de otros pueblos de Europa más adelantados y florecientes, y en calidad y en cantidad com-

pite con la mejor poesía lírica extranjera del siglo XIX, tan fértil en este género, aunque se le califique de materialista y de positivo.

Si logro yo difundir tal creencia en la mente del público me daré por bien pagado de mis esfuerzos en la composición de este FLORILEGIO.
